

PRÓLOGO:
EN EL FINAL



«**M**urió rápida-

mente y no sintió ningún dolor», le susurra algunas veces el padre a la madre y, otras, la madre al padre. Desde lo alto de las escaleras Lucy lo oye todo y no dice nada.

Lucy desea creer, por el bien de Lizzie, que murió rápidamente y sin sentir ningún dolor: un rápido final es un buen final. Pero no puede evitar preguntarse: ¿cómo lo saben? La colisión debió de resultarle dolorosa, razona *Lucy*. ¿Y si no murió tan rápidamente como creen?

Se dirige a la habitación de Lizzie y la inspecciona abatida. La vida de una adolescente es una colección de cosas sueltas: un sujetador turquesa arrojado sobre el monitor del ordenador, una cama sin hacer, un acuario lleno de lombrices, un globo de Mylar deshinchado que le regalaron el día de San Valentín, un cartel de «Prohibido entrar» en la manilla de la puerta, un par de entradas para el concierto de Machine bajo la cama. En el fondo, ¿qué es lo que todo esto significa? ¿Y acaso importa? ¿Es una persona un montón de chismes?

Cuando *Lucy* se siente así, lo único que puede hacer es escarbar. Escarbar hasta olvidarse de todo y de todos. Escar-

bar en la alfombra rosa. Escarbar hasta que llegue al techo de la habitación del piso de abajo. Escarbar hasta que se caiga por él. Escarbar, escarbar, escarbar y escarbar.

Cuando por fin consigue olvidar un poco su profundo dolor escarbando en la alfombra, Alvy (el hermano de siete años de Lizzie) la coge en brazos y la pone en su regazo.

—No te preocupes —le dice con dulzura—, aunque fueras de Lizzie siempre habrá alguien que te alimentará, te lavará y te sacará a pasear al parque. Ahora si quieres incluso puedes dormir en mi habitación.

Lucy, sentada remilgadamente en el regazo demasiado pequeño de Alvy, imagina que Lizzie sólo se encuentra en la universidad. Estaba a punto de cumplir dieciséis años y habría ido de todos modos a la universidad al cabo de dos. Ya había empezado a amontonar una pila de folletos de papel satinado de distintas universidades en el suelo de su habitación. De vez en cuando *Lucy* se meaba en uno de ellos o mordisqueaba la esquinita de otro, pero sabía que por más que hiciera, no podría evitarlo. Un día Lizzie acabaría yendo a la universidad y en los dormitorios de las universidades no dejaban tener perros.

—¿Dónde crees que está ella? —le pregunta Alvy.

Lucy ladea la cabeza.

—¿Crees que está... —hace una pausa— ahí arriba?

Por lo que *Lucy* sabe, lo único que hay ahí arriba es el desván.

—Pues yo creo —dice Alvy levantando la barbilla hacia el cielo con una actitud desafiante— que está ahí arriba. Y que en ese lugar hay ángeles, y arpas, y montones de nubes algodonosas, de sedosos pijamas blancos y de todo lo que te puedas imaginar.

Bonita historia, piensa *Lucy*. Pero ella no cree en un paraíso lleno de piezas para cazar ni en el puente del arco iris, sino que cuando un doguillo se muere, se muere y punto, eso es

todo. Le gustaría volver a ver a Lizzie algún día, pero no cree que su sueño se cumpla. Y aunque hubiera un mundo en el más allá, ¡quién sabe si habría en él comida, o siestecitas, o agua fresca para beber, o cómodos regazos en los que sentarse, o incluso perros! Y lo peor de todo es que ella no está allí.

Lucy se pone a gemir, sobre todo de pena, pero en parte (todo hay que decirlo) también de hambre. Cuando unos padres pierden a su única hija, ya no se acuerdan de alimentar al perro de la familia con tanta regularidad como antes. *Lucy* maldice su traidor estómago: ¿qué clase de bestia es que sigue teniendo hambre incluso cuando su mejor amiga acaba de morir?

—Ojalá pudieras hablar —le dice *Alvy*—. Estoy seguro de que debes estar pensando algo interesante.

—Ojalá pudieras escucharme —responde *Lucy* ladrando, pero *Alvy* no puede entenderla.

Al día siguiente la madre saca a *Lucy* a pasear al parque canino. Es la primera vez que se ha acordado de hacerlo desde que Lizzie murió.

Por el camino *Lucy* puede oler la tristeza de la madre a su alrededor. Intenta averiguar a qué le recuerda ese olor. ¿A la lluvia? ¿Al perejil? ¿Al *bourbon*? ¿A los libros viejos? ¿A los calcetines de lana? Huele a plátano, decide *Lucy*.

Al llegar al parque, se echa sobre un banco sintiéndose sin amigos, deprimida y un poco hambrienta (¿es que esta sensación no desaparecerá nunca?). Un caniche enano llamado *Coco* pregunta a *Lucy* qué le pasa y ella se lo cuenta lanzando un suspiro. Como el caniche es un bocazas, la noticia vuela rápidamente por el parque canino.

Bandido, un perro tuerto de lo más vulgar al que en los círculos menos refinados llamarían chucho, le da el pésame.

—¿Te han abandonado en la calle? —pregunta a *Lucy*.

—No —le responde ella—, sigo viviendo con la misma familia.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —insiste *Bandido*.

—Que sólo tenía quince años.

—¡Y qué! Nosotros sólo vivimos diez o quince años como máximo y tanto nos da.

—Pero ella no era un perro —ladra *Lucy*—, sino un ser humano, el mío, y un coche la atropelló.

—¡Y qué! A nosotros nos están atropellando todo el tiempo. Anímate, doguilla. Te preocupas demasiado. Por eso tienes tantas arrugas.

Lucy, que ya había oído esta broma en muchas otras ocasiones, piensa, aunque *Bandido* no se lo haya dicho con mala intención, que nunca ha conocido un chuchó con buen sentido del humor.

—Te aconsejo que te busques a otro bípedo. Si hubieras llevado la clase de vida que yo llevo, sabrías que en el fondo todos son iguales. Cuando la comida se acaba, yo me voy a otra parte —tras pronunciar estas palabras, *Bandido* se une a otros perros que están jugando con un Frisbee.

Lucy lanza un suspiro y se compadece de sí misma. Observa a los otros perros jugando en el parque canino. Al ver cómo se olfatean el trasero unos a otros, persiguen pelotas y corren en círculos, piensa: ¡Qué inocentes parecen!

—Normalmente los perros se mueren antes que sus amos —aúlla *Lucy*—. Como no han vivido esta experiencia, no comprenden el dolor que siento. ¡Ni tampoco parece importarles! —exclama sacudiendo su redonda cabecita—. ¡Qué deprimente! Ni siquiera me apetece levantar la cola.

En el fondo, la muerte de una persona sólo le importa a los amigos, a la familia y a quienes la conocían —se queja la perrita tristemente—, porque para todos los demás no es más que el fin de otra vida.

PRIMERA PARTE:

EL NIÑO

EN EL MAR



Elizabeth Hall se

despierta en la extraña cama de una extraña habitación con la extraña sensación de que las sábanas la están intentando envolver.

Liz (Elizabeth para sus maestros; Lizzie en casa, salvo cuando se mete en problemas, y Liz para el resto del mundo) al enderezarse en la cama se golpea la cabeza con una litera. Desde lo alto una voz exclama protestando: «¡Ah, jolín!»

Al inspeccionar la litera de arriba, ve que hay una chica durmiendo en ella, o al menos intentando dormir. La chica, de casi su misma edad, lleva un camisón blanco y tiene una larga melena negra peinada en un montón de elaboradas trencitas adornadas con cuentas.

—Perdona —le dice Liz—, pero ¿tienes alguna idea de dónde estamos?

La chica bosteza y se frota los ojos para lograr abrirlos. Primero mira a Liz y después al techo, al suelo, a la ventana y a Liz de nuevo. Pasándose la mano por las trenzas, lanza un suspiro.

—En un barco —le responde volviendo a bostezar.

—¿A qué te refieres al decir que estamos «en un barco»? —pregunta Liz.

—A que aquí hay mucha agua, montones y montones de agua. Si miras por la ventana, la verás —responde antes de volver a arrojarse con las sábanas—. ¡Si lo hubieras hecho, no habrías necesitado despertarme!

—Lo siento —susurra Liz.

Al mirar por la portilla que hay a la altura de su cama, descubre la oscuridad que antecede al alba extendiéndose a cientos de millas de distancia y el océano envuelto en una buena capa de niebla. Al entrecerrar los ojos, divisa en la lejanía un paseo marítimo. En él ve las siluetas de sus padres y la de Alvy, su hermanito. Tienen un aspecto fantasmal y se van empequeñeciendo por momentos: su padre está llorando desconsoladamente y su madre lo sujeta para que no se desplome. Pese a la distancia, Alvy parece estar mirándola y diciéndole adiós con la mano. Diez segundos más tarde, la niebla se traga a su familia.

Liz vuelve a echarse en la cama. Aunque se siente como si estuviera despierta, sabe que está soñando por varias razones: en primer lugar, porque no puede estar viajando en un barco, ya que se supone que está acabando el décimo curso del instituto; en segundo lugar, porque si se hubiera ido de vacaciones, sus padres y Alvy, por desgracia, estarían con ella; y en tercer lugar, porque sólo en sueños puedes ver cosas que no tienen ni pies ni cabeza: como a tu familia en un paseo marítimo desde cientos de millas de distancia. Cuando Liz llega a la cuarta razón, decide levantarse de la cama, porque piensa que es un desperdicio seguir durmiendo cuando estás soñando.

Se dirige a la cómoda cruzando de puntillas la habitación para no despertar a la otra chica. Al fijarse en el mueble, descubre que es verdad que se encuentra en un barco, porque está atornillado al suelo. Aunque la habitación no le resulta desagradable, piensa que tiene un aire solitario y triste, como si muchas personas la hubieran visitado pero ninguna hubiera decidido quedarse en ella.

Al abrir los cajones de la cómoda ve que están vacíos. No hay nada en ellos: ni siquiera una Biblia. Aunque intenta no hacer ruido, el último cajón se le escapa de las manos cerrándose de golpe con tan mala suerte que aquella chica se vuelve a despertar.

—¡Eh, que hay gente durmiendo! —le grita la joven.

—Lo siento. Estaba revisando los cajones. Por si no lo sabías, están vacíos —se disculpa Liz sentándose en la litera de abajo—. Me gusta tu pelo.

—Gracias —le contesta la otra chica acariciándose las trenzas.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Liz.

—Thandiwe Washington, pero me llaman Thandi.

—Yo soy Liz.

Thandi bosteza.

—¿Tienes dieciséis años?

—Los cumplo en agosto.

—Yo los cumplí en enero. Liz —dice mirando hacia su litera y alargando la «i» de su nombre con un ligero acento sureño—, ¿te importa si te hago una pregunta personal?

—No.

—Pues quería saber... —Thandi hace una pausa antes de proseguir— si eres una cabeza rapada o algo parecido.

—¿Una cabeza rapada? ¡No, claro que no! —responde ella arqueando una ceja. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque apenas tienes pelo —contesta Thandi señalando su pelada cabeza, cubierta sólo por un incipiente pelo rubio claro que le está empezando a crecer.

Liz se acaricia la cabeza con la mano disfrutando de su extraña suavidad. El tacto del pelo que le está creciendo le recuerda el del plumón de un polluelo. Se levanta de la cama y contempla su reflejo en el espejo. Ve a una chica delgada de casi dieciséis años con una piel muy pálida y unos ojos de color azul verdoso. La chica tiene la cabeza rapada.

—¡Qué extraño! —exclama Liz. En la vida real tiene una larga y lacia melena rubia que se le enreda fácilmente.

—¿No lo sabías? —inquire Thandi.

Ella analiza la pregunta. En el fondo de su mente recuerda estar tendida en una cama en medio de una habitación iluminada con una cegadora luz mientras su padre le afeita la cabeza. No. Liz se acuerda ahora de que no era su padre. Le había parecido que era él porque tenía su misma edad. Recuerda estar llorando y oír a su madre decir: «No te preocupes, Lizzie, te volverá a crecer». No, eso tampoco fue así. No era ella sino su madre la que lloraba. Durante un momento intenta recordar si este episodio ocurrió de verdad. Decide que no quiere seguir pensando en ello.

—¿Quieres ver qué más hay en el barco? —le pregunta a Thandi.

—¿Por qué no? De todos modos ya estoy despierta —responde ella bajando de la litera.

—Me pregunto si puedo encontrar una gorra en alguna parte —dice Liz. Aunque no sea más que un sueño, no quiere ir por ahí dando la impresión de ser una cabeza rapada. Abre el armario y mira bajo la cama: no hay nada, como en la cómoda.

—No te sientas mal por tu pelo, Liz —dice Thandi dulcemente.

—No me siento mal. Sólo que me parece extraño —le responde ella.

—¡Eh, a mí también me ha pasado algo muy raro! —admite Thandi levantándose la cubierta de trencitas como si fuera el telón de un teatro—. ¡Tachán! —exclama mostrando una pequeña aunque profunda y reciente herida en la base del cráneo.

La herida tiene poco más de un centímetro de diámetro, pero Liz se da cuenta de que es una lesión sumamente grave.

—¡Caramba, Thandi!, espero que no te duela.

—Al principio me dolía un montón, pero ahora ya no. En realidad creo que está curándose —dice Thandi cubriéndola de nuevo con las trencitas.

—¿Cómo te la hiciste?

—No me acuerdo —responde ella frotándose la cabeza como si quisiera estimularse la memoria con las manos—. Puede que me la hiciera hace mucho tiempo, pero también podría habérmela hecho ayer. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Liz asiente con la cabeza. Aunque en realidad no lo ha entendido, pero no cree que valga la pena discutir con la clase de absurdas personas con las que uno se encuentra en un sueño.

—Tenemos que irnos —dice Liz.

Al salir de la habitación Thandi se mira por un instante en el espejo.

—¿Crees que importa que las dos vayamos en pijama? —pregunta.

Liz contempla el camisón blanco de Thandi. Ella también lleva un pijama blanco de hombre.

—¿Por qué tendría que importarnos? —responde, pensando que es mucho peor ir con la cabeza rapada que con pijama—. Además, Thandi, ¿acaso no llevas esta clase de ropa mientras duermes? —Liz está a punto de girar el pomo de la puerta. Alguien en alguna parte le dijo que nunca debía, bajo ninguna circunstancia, abrir una puerta en sueños. Como no se acuerda de quién era o de por qué no debía abrirlas, decide ignorar el consejo.

CURTIS JEST



Liz y Thandi se descubren en un pasillo con cientos de puertas como la que acaban de cerrar a sus espaldas.

—¿Cómo crees que vamos a encontrarla de nuevo? —le pregunta Thandi.

—Dudo que tengamos que hacerlo —responde Liz—. Probablemente me despertaré antes, ¿no crees?

—Pues por si no es así, el número de nuestra habitación es el 130002 —le recuerda Thandi.

Liz le señala un letrero pintado a mano al final del pasillo.

ATENCIÓN
A TODOS LOS PASAJEROS
DEL BUQUE A VAPOR *NILO*
EL COMEDOR SE ENCUENTRA
TRES PISOS MÁS ARRIBA
EN LA CUBIERTA LIDO

—¿Te apetece ir a desayunar? —pregunta Thandi.

—¡Me muero de hambre! —Liz se sorprende de su pro-

pia respuesta. No recuerda haber estado hambrienta antes en sueños.

Lo más asombroso del comedor del barco son los pasajeros que hay en él: todos son personas mayores. Algunos pocos tienen la edad de sus padres, pero la mayoría son incluso mayores que ellos. Lo que abunda son las canas o la calvicie, las manchas propias de la vejez y los colgajos. Es la mayor cantidad de personas mayores que Liz ha visto reunidas en toda su vida, incluyendo las visitas que hizo a su abuela en Boca. La joven echa un vistazo al comedor.

—¿Nos habremos equivocado de lugar? —pregunta.

Thandi se encoge de hombros.

—¡Qué raro!, se están acercando a nosotras —exclama Thandi al ver a tres mujeres yendo directas hacia ellas. A Liz le recuerdan las brujas de *Macbeth*, una obra de teatro que acaba de leer al ser una de las lecturas obligatorias de la clase de inglés.

—Hola, queridas —les saluda una mujer tan bajita como un pigmeo con acento neoyorquino—. Yo soy Doris y ésta es Myrna, y ella, Florence. —Doris, poniéndose de puntillas, le da a Liz unas palmaditas en su pelada cabeza—. ¡Santo Dios!, ¡venid a ver lo joven que es!

Liz le sonrío amablemente, aunque da un paso atrás para que no le dé más palmaditas.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta Doris la pigmea entrecerrando los ojos y levantando la cabeza para verla mejor—. ¿Doce?

—Quince —corrige Liz—. Pero pronto cumpliré dieciséis. Con cabello parezco mayor.

—¿Qué os ha ocurrido, chicas? —inquiérese de súbito la que se llama Florence. Su áspera voz es la de una fumadora empedernida.

—¿A qué se refiere? —pregunta Liz.

—A mí me pegaron un tiro en la cabeza —confiesa Thandi.

—Habla más alto —observa Myrna, que tiene un bigotito que parece una oruga blanca peluda. No oigo bien.

—¡QUE ME PEGARON UN TIRO EN LA CABEZA!

—Creía que me habías dicho que no te acordabas de cómo te hiciste ese agujero —exclama Liz volviéndose hacia ella.

—Acabo de recordarlo —se disculpa Thandi.

—¡Un tiro en la cabeza! —repite Florence con su áspera voz—. ¡Es increíble!

—No, es de lo más normal. Donde yo vivo pasa muy a menudo —observa Thandi.

—¿QUÉ HAS DICHO? —pregunta Myrna, la del bigotito—. Dímelo cerca del oído bueno, el izquierdo.

—HE DICHO QUE ES DE LO MÁS NORMAL —grita Thandi.

—Quizá tendrías que ir a la enfermería —sugiere Florence—. Hay una en la cubierta Portofino. Myrna ya ha estado en ella dos veces.

—No hace falta. Creo que la herida se está curando —le responde Thandi sacudiendo la cabeza.

Liz no entiende esta extraña conversación. De pronto, le gruñe el estómago.

—¡Lo siento! —se disculpa.

—Id a comer algo —dice Doris señalándoles a la gente haciendo cola para el bufé libre—. Recordad que si queréis comer los mejores platos tenéis que venir temprano.

Para desayunar Liz elige crepes y pudín de tapioca. Thandi se sirve *sushi*, trufas y judías en salsa de tomate.

—¡Qué combinación tan interesante! —observa Liz mirando con curiosidad el menú que ha elegido Thandi.

—En casa nunca comemos ni la mitad de los platos que hay en este bufé —dice Thandi—, y pienso probarlos todos antes de que lleguemos a ese lugar.

—Thandi —le pregunta Liz con un aire indiferente—, ¿dónde crees que está «ese lugar»?

Ella pondera un momento la pregunta.

—Estamos en un barco —responde— y los barcos han de ir a alguna parte.

Las chicas se instalan en una mesa junto a una ventana salediza, alejada de los demás comensales. Liz se zampa los crepes en un tiempo récord. Se siente como si se hubiera pasado semanas sin comer.

—Es la primera vez que conozco a alguien a quien le han pegado un tiro en la cabeza —observa mirando a Thandi mientras rasca con la cuchara el fondo del bol del pudín.

—¿Podemos hablar de ello cuando haya acabado de desayunar? —dice Thandi.

—Lo siento —responde Liz—. Sólo estaba intentando sacar un tema de conversación.

Se queda mirando por la ventana. La niebla se ha disipado y el agua es más clara que cualquier otra que ella haya visto. Qué extraño, piensa, el cielo se parece al mar. En realidad, el mar es como un cielo empapado y el cielo es como un mar escurrido. Se pregunta adónde se dirige el barco y si ella despertará antes de llegar a su destino y qué le dirá su madre sobre lo que este sueño probablemente significa. Su madre es psicóloga infantil y sabe de esas cosas. Una voz de hombre interrumpe su ensoñación.

—¿Os importa si comparto vuestra mesa? —les pregunta con acento inglés—. Parecéis ser las únicas personas de menos de ochenta años que hay en este lugar.

—¡Claro que no! Ya hemos terminado... —la voz de Liz se apaga al fijarse en él por primera vez. Tiene unos treinta años y unos chispeantes ojos azules que hacen juego con su cabello azul en punta. Liz, como la mayoría de chicas de su edad, reconocería esos ojos en cualquier parte.

—¡Eres Curtis Jest!, ¿verdad?

—Supongo que solía serlo —responde sonriendo el hombre de pelo azul. Curtis le tiende la mano—. ¿Y tú cómo te llamas?

—Liz y ella Thandi, no puedo creer que esté hablando contigo. De todos los grupos musicales que hay en el mundo, ¡Machine es mi favorito! —exclama efusivamente Liz.

Curtis echa un poco de sal a sus patatas fritas.

—¡Caramba, me halaga oírlo! —observa Curtis sonriendo—, porque el mundo es un lugar muy grande. Yo en cambio siempre he preferido los Clash.

—¡Es el mejor sueño que he tenido en toda mi vida! —añade Liz complacida porque su subconsciente le ha hecho soñar con Curtis Jest.

—¿Has dicho sueño? —inquire el hombre ladeando la cabeza.

—Ella aún no lo sabe. Yo lo he comprendido por mí misma —le susurra Thandi a Curtis.

—¡Qué interesante! —observa él—. ¿Dónde crees que estás, Lizzie? —le pregunta volviéndose hacia ella.

Liz se aclara la garganta. Sus padres también la llaman Lizzie. De pronto, sin saber por qué, los echa desesperadamente de menos.

—¿Te encuentras bien? —dice Curtis con una expresión preocupada.

—No, yo... —Liz dirige la conversación hacia un tema más tranquilizador—. ¿Cuándo saldrá tu nuevo álbum?

—Nunca —responde comiéndose una patata frita.

—¿Se ha separado el grupo? —Liz había oído rumores de que los componentes de Machine quizás iban a separarse, pero nunca se habían materializado.

—Es una forma de verlo —responde Curtis.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Liz.

—Lo he dejado.

—Pero ¿por qué? Si lo hacías fenomenal —ella tenía

unas entradas para ir el día de su cumpleaños al concierto que daban en Boston—. No lo entiendo.

Curtis se sube la manga izquierda de la chaqueta del pijama blanco, revelando la parte interior del antebrazo. Desde el codo hasta la muñeca tiene unas profundas cicatrices que se extienden como un sendero, varios morados y unas heridas con costra. Cerca de la línea que separa el bíceps del antebrazo hay un orificio de sesenta milímetros. Es totalmente negro. Liz al verlo piensa que el brazo parece muerto.

—Porque era un idiota, Lizzie —le responde Curtis.

—¿Liz? —inquire Thandi.

Ella sigue mirando enmudecida el brazo de Curtis.

—Liz, ¿te encuentras bien? —le pregunta Thandi.

—Estoy... —empieza a decir ella. Odia contemplar el horrible aspecto del brazo, pero no puede apartar la vista de él.

—¡Por Dios!, ¿puedes cubrirte el brazo? —le ordena Thandi a Curtis—. La estás poniendo enferma. Sinceramente, Liz, su herida no es peor que el agujero de mi cabeza.

—¿Tienes un agujero en la cabeza? —pregunta Curtis—. ¿Puedo verlo?

—¡Claro! —Thandi, sintiéndose halagada, se olvida del estado de su nueva amiga y se levanta las trencitas.

Liz no soporta la idea de ver el agujero y el brazo al mismo tiempo.

—Perdonadme —dice disculpándose. Sale corriendo a la cubierta principal del barco. Descubre que está rodeada de ancianos, todos ellos vestidos con distintos tipos de pijamas blancos, jugando al tejo. Se apoya sobre la barandilla del barco y contempla el mar. El agua está demasiado lejos como para verse reflejada en ella, pero al inclinarse lo suficiente sobre el mar, le parece ver su sombra: una pequeña y vaga mancha oscura en medio de una extensión azul.

Estoy soñando, piensa, y en cualquier momento sonará la alarma del despertador y me despertaré.

Despierta, despierta, despierta, se ordena a sí misma. Se pellizca el brazo con todas sus fuerzas.

—¡Ay! —exclama. Se propina un bofetón para despertarse. Nada. Vuelve a darse otro. Aún nada. Cierra los ojos con todas sus fuerzas y vuelve a abrirlos, esperando descubrirse de nuevo en su cama de Carroll Drive en Medford, Massachusetts.

Liz empieza a ser presa del pánico. Los ojos se le empañan, se los seca furiosamente con la mano.

Tengo quince años, soy una persona madura con un permiso de principiante, y de aquí a tres meses me darán el carné de conducir, piensa. Ya soy demasiado mayor como para tener pesadillas.

—¡MAMÁ! ¡MAMÁ! ¡ESTOY TENIENDO UNA PESADILLA! —grita cerrando los ojos con fuerza. Liz espera que su madre venga a despertarla.

En cualquier momento.

En cualquier momento su madre estará al lado de su cama ofreciéndole un vaso de agua para tranquilizarla.

En cualquier momento.

Liz abre un ojo. Sigue estando en la cubierta principal del barco, y los pasajeros empiezan a mirarla fijamente.

—Señorita —le dice un anciano con unas gafas con montura de concha y el aire de un profesor suplente—, está molestando a los pasajeros.

Ella se sienta junto a la barandilla y se cubre la cara con las manos. Respira hondo y se dice que debe calmarse. Decide que la mejor estrategia es intentar recordar los máximos detalles posibles del sueño para contárselos a su madre por la mañana.

Pero ¿cómo empezó el sueño? Liz se devana los sesos. Es extraño intentar recordar un sueño mientras estás soñando. ¡Ah, sí! Ahora se acuerda.

El sueño empezó en su casa de Carroll Drive.

Se dirigía en bicicleta a la Cambridgeside Galleria. Allí iba a encontrarse con Zooey, su mejor amiga, porque ésta necesitaba comprarse un vestido para el baile de gala del instituto. (A Liz aún no la habían invitado.) Recordaba haber llegado al cruce que había junto al centro comercial, al otro lado se encontraban las barras para aparcar las bicicletas. De pronto, vio un taxi dirigiéndose hacia ella a toda velocidad.

También recordaba la sensación de haber estado volando por el aire durante lo que a ella le había parecido una eternidad. Recordaba haberse sentido imprudente, feliz y sentenciada al mismo tiempo, y haber pensado «la fuerza de gravedad ya no me afecta».

Liz suspira. Al observar las cosas con objetividad supone que ha muerto en el sueño. Se pregunta qué significa soñar que te mueres y decide preguntárselo a su madre por la mañana. De pronto se plantea si la solución está en volver a dormirse. Quizá si logra conciliar el sueño a la mañana siguiente, al despertarse, todo volverá a ser como antes. Se siente agradecida hacia Thandi por haberle hecho memorizar el número de su camarote.

Mientras Liz cruza de nuevo rápidamente la cubierta, advierte un salvavidas del *Nilo*. Sonríe al ver el nombre del barco. La semana anterior había estado estudiando el antiguo Egipto en la clase de historia de la señorita Early. Aunque las lecciones eran bastante entretenidas (guerras, pestilencia, plagas, asesinatos), piensa que eso de las pirámides no es más que una pérdida de tiempo y de recursos. En su opinión, una pirámide es como una caja de madera de pino o una lata de avena Quaker; de todos modos, cuando el faraón conseguía disfrutar de su pirámide, ya estaba muerto. Liz pensaba que los egipcios deberían haber vivido en las pirámides y ser enterrados en sus cabañas (o don-

dequiera que los habitantes del antiguo Egipto hubieran vivido).

En la última clase sobre este tema, la señorita Early leyó al final un poema sobre Egipto que empezaba diciendo: «Me he encontrado con un viajero de la antigua tierra». Por alguna razón la estrofa le producía un agradable escalofrío y no dejó de repetírsela durante todo el día: «Me he encontrado con un viajero de la antigua tierra». Liz supone que la lección de la señorita Early es lo que le ha hecho soñar con un barco a vapor llamado *Nilo*.